

ALFAGUARA


Auður Ava Ólafsdóttir

Rosa candida

Traducción de Enrique Bernárdez

Trece

Yo no me habría atrevido, justamente en este momento de mi vida, recién salido de una operación de apendicitis, a emprender todos los preparativos necesarios para que una mujer se te meta en la cama. El que mi amiga llegara antes de tiempo me pilló con la guardia baja y completamente descolocado. ¿Y si su intención era precisamente pillarme por sorpresa? Þorlákur, mi ex amigo, diría que las mujeres nunca hacen nada sin planificarlo de antemano.

Le pregunto por qué ha adelantado el regreso.

—Dijiste que te quedarías tres o cuatro días, que pensabas comprar un coche usado y luego marcharte a no sé qué jardín —dice extrañada—. Imaginé que ya te habrías ido —añade.

La veo desaparecer casi por completo debajo de la sábana, hundirse en el colchón. Parece que piensa dormir en la cama a mi lado, y como no hay ninguna otra cama en la habitación, se puede decir que hemos avanzado muchos grados en nuestro acercamiento.

—Pero que conste que no te estoy empujando a que te vayas —dice desde debajo de las sábanas.

—Me tuvieron que operar de apendicitis —le explico—. Mañana me quitan los puntos.

Le hablo de mis padecimientos, ella se muestra interesada por el tema y yo le pido a Dios que no se empeñe en ver las huellas.

—¿Puedo ver la cicatriz? —está emocionada como un niño que espera ver un cachorrito.

Gracias a Dios llevo puesto el pijama de papá, aunque corresponda al gusto de un hombre al que le faltan tres años para alcanzar los ochenta.

—Bonito pijama.

—Gracias.

Me bajo los pantalones lo justo para que se vea la cicatriz. Tengo que bajarlos bastante, está en la parte inferior del vientre.

Se echa a reír. Literalmente, todo en ella me parece nuevo, una sorpresa constante.

—¿No usabas aparato dental en el colegio?

—Sí, de los trece a los catorce.

Se quita las gafas y las deja en la mesilla de noche. Con ello indica que no tiene intención de leer en la cama. Yo sigo con el libro en la mano y el dedo en el capítulo de las mutaciones genéticas de las plantas.

Lo que más me llama la atención es ver a mi amiga por primera vez sin las gafas de miopía, verle los ojos sin el grueso cristal. Es como si nunca hubieran estado al aire libre, como si estuviera estrenando los ojos en aquel momento, no podría estar más desnuda que sin las gafas.

—¿Son gafas de miopía? —pregunto para centrarme exclusivamente en ellas y así olvidar lo embarazoso de la situación, que intento apartar de mi mente como sea: casi desnudo en la cama con una antigua compañera de clase. Aún creo que las gafas pueden salvarme y llevarnos a una nueva fase de la conversación, más natural esta vez.

—Sí, seis dioptrías en cada ojo.

—¿Nunca has pensado en hacerte la cirugía láser?

—Sí, lo estoy pensando.

Siento un escalofrío caliente que me baja por el abdomen en la habitación helada, y empiezo a sudar. La molestia del vientre ha cedido ante otra clase de sensación.

—¿No ibas a dedicarte a la jardinería? —me pregunta—. ¿No dijiste que ibas a no sé qué rosaleda?

—Así es.

Claro, que no voy a no sé qué rosaleda, sino a un jardín con una historia de siglos y que se menciona en todos los libros que tratan de las rosaledas más bellas del mundo. Había cosas un tanto oscuras y vagas en la carta de respuesta de fray Tomás, aunque me daba la más cordial bienvenida.

—¿Y antes estuviste trabajando en el mar?

—Sí.

—¿Qué ha sido del genio de la lengua latina?

—Se evaporó.

Cambia de tema.

—¿No tenías un niño? —pregunta.

—Sí, una niña de siete meses —contesto, pero renuncio a sacar la foto para enseñársela.

—¿No vivís juntos tú y la madre de la niña?

—No, lo único que hicimos juntos fue la niña. No estaba previsto. En realidad, era amiga de un amigo mío, ¿te acuerdas de Þorlákur? En esa época estaba coladísimo por ella, fue entonces cuando la conocí, sobre todo porque él no hacía más que hablar de ella, aunque su interés no era correspondido.

—¿No es el que se fue a estudiar teología?

—Sí, eso me dijeron.

—¿De modo que no estás huyendo de nada? —habla igual que papá.

—No, no.

Estamos los dos inmóviles un rato, cada uno en su lado de la cama. Ella no dice nada. Ninguno de los dos dice nada.

Era el primer invierno después de la muerte de mamá, mi veintiún cumpleaños, y por algún motivo Anna y yo nos habíamos separado del grupo. Era ya bastante avanzada la noche, caía una fuerte nevada y caminamos sobre la nieve crujiente, las primeras huellas del día, hasta llegar al jardín. Nos dejamos caer sobre la nieve y forma-

mos dos ángeles, luego quise enseñarle la tomatera, ella estudiaba biofísica y esa noche en particular estaba muy interesada por la genética de las plantas. Serían quizá las cinco, ya no recuerdo cuándo entramos en el invernadero, siempre había luz para las plantas, y se respiraba un fuerte aroma a rosas. En el momento en que entramos en el invernadero nos asaltó una espesa humedad caliente, como si estuviéramos en alguna parte muy lejana del globo, en plena espesura de una selva tropical de treinta metros cuadrados. Justo al lado de la puerta se guardaban las herramientas de jardinería, también había un catre viejo, lo llevé allí yo mismo cuando estaba de exámenes para poder estudiar cerca de las plantas. Después se quedó allí. Mamá tenía también en el invernadero un viejo tocadiscos, la colección de discos era una mezcla de música de diversas partes del mundo. La regadera y los guantes rosas de flores de mamá también estaban allí, como si acabara de salir un momento antes. Pero en ese momento no era en mamá en lo que estaba pensando. Nos quitamos los anoraks y yo descubrí un disco que tenía en la funda la foto de una especie de planta trepadora, que parecía una planta ornamental de algún palacio hindú, y bailamos entre el follaje, yo tenía experiencia porque solía bailar con Joséf. Realmente estuvimos charlando un poco de fitobiología y antes de darme ni cuenta habíamos empezado a desnudarnos, estábamos bastante cerca de los tomates verdes. Casi todo lo demás lo recuerdo de un modo confuso. Pero me pareció ver por un instante un rayo de luz que iluminaba la noche, extrañamente cercano, como si lo reflejara la nieve amontonada en el exterior. En ese instante, el invernadero se iluminó como si fuera de día, la luz se filtró entre las plantas y dibujó las formas de las hojas sobre el cuerpo de mi amiga. Acaricié los pétalos de rosa de su estómago y en ese mismo instante sentimos los dos claramente como una corriente, como un ventilador que alguien acabara de encender. No fue sino mucho más tarde

cuando recordé lo de la corriente y me puse a pensar en la luz surgida de la oscuridad, como si se tratara de algo no del todo normal. Justo después oímos una grave voz masculina delante del invernadero, enfrente del montón de nieve: era el vecino con una linterna en la mano, llamando al perro. Por la mañana, los dos ángeles seguían esculpidos en la nieve, enlazados por las manos, como parte de una guirnalda de papel recortado. Si mamá hubiera estado viva, me habría mirado con gesto extraño mientras desayunaba, como si fuera depositaria de alguna sabiduría misteriosa. Y como yo no tenía ganas de desayunar, me habría dicho, sin falta, que estaba adelgazando.

«¿O es que aún estás creciendo?», me pregunta, y mira sonriente hacia su franja de cielo. Siempre estaba preocupada por que los tres hombres de su vida estuvieran adelgazando, sobre todo se empeñaba en que yo no comía suficiente. Desde aquella noche no volví a saber nada de la futura madre de mi hija hasta dos meses después; justo a primeros de año, me llamó y me preguntó que si podíamos vernos en un café.

Catorce

Ciertamente no puedo decir que me encuentre en un estado físico adecuado para acostarme con nadie, vista la situación. Para ser sincero, preferiría el libro de jardinería en vez de la chica. Puedo decir «no, lo siento», pero eso la podría herir y hacer que a partir de ese momento todo resultara de lo más incómodo.

—¿Traes plantas? —me pregunta, señalando los esquejes que están en la ventana metidos en los vasos de hospital.

—Sí, son esquejes de rosal que me traje del invernadero de casa —le respondo—. Pienso llevármelos al jardín.

—¿Se llama algo especial esa rosa?

—Sí, rosa de ocho pétalos.

—¿A qué se debe este interés tuyo por las plantas? —me pregunta.

—Prácticamente he crecido en un invernadero. Me siento comodísimo entre plantas.

Imagino que tiene un interés limitado por la jardinería, y como no se me ocurre nada de qué hablar, me podría ver obligado a llevar nuestra relación a otro nivel, el manual. Me hallo ante dos posibilidades, hacer o no hacer. La cuestión es ¿cuándo exactamente se agota el tiempo de las posibles elecciones: al cabo de cinco minutos, al cabo de diez minutos o quizá ya se ha agotado? Me quito el reloj y paso el brazo por encima de ella para dejarlo en la mesilla de noche. Mi co-confirmanda está despierta y me mira con grandes ojos, no hay forma de saber lo que estará pensando. Y tampoco importa mucho, también dentro de mi cabeza está todo confuso y nebuloso.

Quince

Y también está la posibilidad de que uno no recuerde de todo lo que ha pasado, y al despertar y ver solamente la cabeza rubia de una persona de cabello rizado al otro lado de la cama, tenga que empezar por averiguar de quién se trata. No hay que extraer de esto la conclusión de que me he encontrado muchas veces en la situación de no recordar exactamente quién está conmigo en la cama. En lo que se refiere a mi amiga de infancia, la tarde y la noche de ayer no están nada claras en mi memoria. Sigue durmiendo, pero yo consigo saltar por encima de ella y ponerme los pantalones. Luego voy a la panadería a comprar algo para el desayuno de Þórgunnur. Pienso que también debo darle las gracias, así que compro una flor, una planta rosa en una maceta. Luego tendré que marcharme a toda prisa. Cuando vuelvo ya está levantada y asoma la cabeza por la puerta de la cocina, se ha puesto un vestido de flores que le llega a la rodilla, por encima de unos pantalones vaqueros, y lleva el abrigo, como si estuviera a punto de salir por la puerta. Ya se ha puesto las gafas, de modo que estoy seguro otra vez. Tengo que reconocer que me alarmó que hubiera pensado irse sin decir adiós. Le doy la bolsa de la panadería y la maceta. Es una dalia.

—Compré esto para el desayuno —le digo.

—Gracias —responde, y se pone a oler la flor.

En realidad carece de aroma, quizá habría tenido que comprar alguna especie aromática.

—Podrá sobrevivir ella sola unos días mientras tú andas por ahí excavando cementerios —le digo.

—¿Cómo va tu cicatriz? —me pregunta.

—Mucho mejor; en realidad, estupendamente —respondo. Y es cierto, aunque aún he de tener mucho cuidado al subir la cremallera de los pantalones.

Mi compañera de colegio dice que tiene que darse prisa. Eso no quita para que eche un vistazo en la bolsa de la panadería y coja una especie de rosquilla glaseada, aunque dice que en realidad no tiene tiempo de desayunar.

—Tengo que llegar a tiempo —dice, aún con la maceta en la mano—. Te deseo buen viaje y que te vaya bien en tu paraíso prometido con tus flores de ocho pétalos.

—Muchas gracias por tu hospitalidad —respondo. Cojo la planta y la pongo sobre la mesa de la cocina. Luego la abrazo y le paso la mano una o dos veces por la espalda. Finalmente le recoloco la bufanda, le envuelvo mejor el cuello—. Gracias, otra vez —repito.

—No quiero retrasarte —dice mientras recoge sus cosas a toda prisa, mete los libros en la cartera y va al baño a buscar algo. Luego me da un beso rápido y se dirige lentamente, junto a la pared, hacia la puerta. Se detiene allí un momento y se mira en el espejo para colocarse bien el prendedor que se ha puesto en su espeso cabello rizado. Eso significa que se está marchando pero que aún tiene algo que decir. Espera un momento al lado de la puerta, en una mano lleva la rosquilla glaseada que piensa comerse camino de la biblioteca—. ¿Quizá no te van demasiado las mujeres?

La pregunta cae sobre mí como un puñetazo. ¿Qué puedo responder? ¿Debo decir que sí, pero que no todas las mujeres del mundo, lo que sin duda heriría a mi amiga? ¿O debo decir, y es cierto, que la experiencia acumulada hasta esta mañana no me ha proporcionado material suficiente para hallar la respuesta definitiva? ¿O debo justificarme físicamente enseñándole otra vez los pelos negros que me salen del vientre? Podría decir:

—Claro que sí, pero no con los puntos.

—No te lo tomes a mal —dice mi co-confirmanda con un pie en el umbral. La arqueóloga lleva botas de cuero altas, con tacones.

Tengo el despertador bien a la vista sobre la mesilla de noche, así puedo saber la hora mientras recojo mis cosas y pongo orden en la habitación, lo que me lleva aproximadamente cuatro minutos.